

Wang Xiaoying,¹

mujer: miembro de la Asociación de Escritores de Shanghai

Yarong Jiang y David Ashley*

Un artículo de periódico me describió recientemente como una “escritora de las ‘Tres Viejas Clases’ que escribe acerca de las ‘Tres Viejas Clases’”. Es cierto. Todos mis relatos y novelas son sobre gente de mi propia generación. Pero luego de leer el artículo, me dije: ¿por qué *me* preocupa tanto el pasado? Es una obsesión compartida por muchos miembros de nuestra generación. El mundo actual es muy vívido y colorido, lleno de promesa y oportunidad. Y le damos la espalda. Vemos hacia adentro y hacia atrás, no hacia fuera.

Con el paso del tiempo, nos hemos concentrado más en la época pasada. ¿Por qué? Lo entendí hace poco. No es que no comprendamos el pasado. Es que no podemos aceptar el presente.

Estamos perdidos en el presente. Por eso intentamos ubicarnos en lo pasado. Aceptémoslo. Nuestra generación ya no tiene un papel que jugar. Somos actores y actrices en disfraces fuera de moda, deambulamos fuera de lugar y algo ridículos. Todos nos observamos en esta metáfora, pero somos incapaces de aceptar lo sucedido.

Tras el fin de la Revolución Cultural, fuimos descritos como una “generación perdida”. La gente pensaba que una vez que Mao había salido del escenario sus “hijos” se transformarían en “ovejas perdidas”. Pero, a mediados de los setenta,

¹ No es un seudónimo.

* La siguiente entrevista está tomada de un conjunto de 25 testimonios de hijos de la generación de Mao Zedong, y forma parte de *Mao's Children in the New China. Voices from the Red Guard Generation* (Londres, Routledge, 2000, p. 169-174). Agradecemos a David Ashley su permiso para publicar esta traducción, a cargo de David Miklos.

la mayoría estábamos cansados de esta lucha sin fin. Sabíamos que una crisis se estaba cocinando. Cuando Mao murió no nos sentimos perdidos. Le dimos la bienvenida a la perspectiva de un cambio.

Al principio se nos trató con generosidad. La gente reconocía las pérdidas que habíamos sufrido. En 1977-1978, me contaba entre los que escribían “literatura de cicatriz” (*shanghen wenxue*). Pero no me encontraba en duelo por todo lo que me había sucedido a mí y a millones de otros. Quería encarar mi experiencia.

Nuestro sentido de pérdida no sucedió en los setenta sino en los ochenta. Veinte años después del fin de la Revolución Cultural nuestra sociedad ha completado su proceso de renacimiento. Ahora vivimos en un ambiente totalmente distinto. La nueva China se trata del interés en uno mismo y de la lucha íntima para sobrevivir. Mientras nuestra sociedad se vuelve cada vez más fría y cruel, nosotros envejeceremos más y estaremos menos seguros de nosotros mismos. Nos acercamos a los cincuenta años. Tenemos padres e hijos de los cuales hacernos cargo. Muchos hemos perdido nuestro trabajo. No estamos en forma. Nuestro mayor problema es que hemos perdido relevancia. Recorro a una de nuestras expresiones favoritas: *kanbudong* (todo es simplemente incomprensible).

Pienso que la historia puede elegir una generación y jugarle una broma cruel. Nos sucedió a nosotros. Fuimos educados como idealistas, vimos la muerte del idealismo y ahora nos ha sido dado vivir en este mundo materialista.

La generación de mis padres no vivió algo similar. Fueron revolucionarios durante un periodo de crisis nacional y tuvieron roles fundamentales casi toda su vida.

Mi madre es una política de alto rango. No se arrepiente de nada. No le gusta la China contemporánea y no busca comprenderla. Pero es serena. Sabe que todos los grandes retos y crisis de su vida ya han tenido lugar.

La nueva generación está construida para el presente, así que tampoco se encuentran fuera de lugar. Somos fantasmas atrapados entre dos mundos. La rebaba del pasado habita en nuestros corazones. Pero este mundo no es más para los idealistas.

Quizá se piense que me he vuelto indulgente y sentimental. Pero déjenme contar una historia. Ocurrió en el verano de 1969, nueve meses después de que me convertí en una trabajadora de la Granja de Té del Estado de Huangshan.

Había llovido sin tregua durante varios días. Una mañana, muy temprano, antes de que hubiera luz, nos despertaron gritos y silbatos. Alguien gritaba: “¡Levántense! ¡El agua está creciendo!” Corrimos afuera. Escuchamos cómo el río de la montaña cercana corría más rápido de lo habitual.

A un equipo de doce hombres y mujeres jóvenes le fue ordenado que resguardaran las bolsas de arroz y de fertilizante que se encontraban en un almacén al otro lado del río. El resto de nosotros trabajamos enfebrecidamente cavando diques para proteger los dormitorios y las oficinas.

A media mañana, el altavoz revivió. Una voz urgía al líder de nuestro equipo a que fuera a las oficinas generales de la granja. Sabíamos que algo malo había acontecido.

Horas después, supimos que once personas habían desaparecido. El desvenado y viejo puente que cruzaba el río se había colapsado apenas el equipo lo había pisado. Cuando los estudiantes lo alcanzaron, su superficie ya se encontraba bajo el agua. Era obvio que representaba un peligro intentar cruzar el río. Pero los miembros del equipo no dudaron. Mano con mano, se sumergieron y avanzaron hacia delante.

Cuando escuchamos lo ocurrido se hizo el silencio. Entonces, algunos de nosotros comenzamos a sollozar. Las autoridades enviaron un equipo de rescate. Sólo un muchacho había sobrevivido. Había logrado aferrarse a las ramas de un árbol. Los otros fueron arrastrados corriente abajo. Tomó una semana entera encontrar los cuerpos. Uno de los muertos era mi amiga más cercana: Lu Hua.

Lu no tendría porqué haber estado en la granja. La habían asignado a una fábrica en Shangai. Pero ella era la líder de la Organización de Guardias Rojos de nuestra escuela. Renunció a su registro urbano y se hizo voluntaria para el trabajo en la granja, para así poder estar con sus amigos. El día que dejamos Shangai Lu dijo: “No lloremos. Nuestros seres queridos desean vernos sonreír. Cantemos una canción juntos.” Avivó a todos. Era una persona corajuda. Murió a los 22 años.

Hoy, la gente dirá que qué estúpida fue al arriesgar su preciosa vida por unos cuantos sacos de arroz y un puñado de fertilizante. Pero, para ella, los sacos que se encontraban al otro lado del río y la orden de resguardarlos eran más importantes que sus propias consideraciones.

Acabo de publicar una novela llamada *Entonces teníamos amor*. El título hace referencia al idealismo que antes compartíamos. Me dediqué a entrevistar a gente de mi generación durante seis meses, y me tomó otro año completar el libro.

Una vez terminado fui invitada a una ceremonia de firma de ejemplares. Para mi sorpresa, mucha, en serio mucha gente asistió y tuve que ir a casa por mis cien ejemplares de autor para satisfacer la demanda. Estaba profundamente conmovida. Casi todos los asistentes eran de las Tres Viejas Clases.

Ahora se nos dice que la Revolución Cultural fue un desastre nacional del que todos, salvo Mao, la “Banda de los Cuatro” y las Guardias Rojas, fueron víctimas. Pero, durante la Revolución Cultural, casi toda la juventud de la nación se sumó de buena gana a las Organizaciones de las Guardias Rojas. Queríamos servir. El futuro que esperábamos construir nunca llegó, pero esto no significa que todos nuestros sacrificios no tuvieron sentido y que es mejor olvidarlos.

Nuestra generación representa el espíritu trágico de una era. Fuerzas en demasiadas poderosas y conflictivas nos han moldeado. Algunas fueron buenas, otras malas.

Hace algunas semanas le hablaba a mi madre sobre el pasado. Le pregunté si se consideraba una víctima de la Revolución Cultural. Lo sopesó un momento. “De alguna manera u otra”, me respondió, “todo mundo fue una víctima.”

Estaba en lo correcto. Cuando una nación entera transita por un periodo oscuro a nadie se le perdona.

Hace treinta años era una joven activista. Mi padre era un poeta reconocido que se había sumado a los comunistas mucho antes de la liberación. Mi madre era la secretaria de partido de uno de los distritos gubernamentales de Shangai. Lo que nos importaba era la lealtad a Mao y al Partido. Todos los fines de semana manteníamos intensas discusiones políticas.

Estaba convencida de que estábamos contribuyendo a la revolución mundial. El Partido nos había dicho que dos terceras partes de la oprimida población mundial serían liberadas por nosotros algún día. Muchos años después, un amigo de Huangshan –más sofisticado que yo, obviamente– me dijo que las clases trabajadoras de Occidente vivían mejor que nosotros. Dijo que *nosotros*, no los trabajadores de otro lado, éramos parte de las dos terceras partes de la población mundial oprimida. En su momento sufrí una gran conmoción.

Durante el Gran Intercambio, cuando aún estudiaba la preparatoria, fui a una recepción que hizo Mao en Pekín. De regreso en Shangai lo primero que vi fue un cartel de Gran Carácter en el muro de la estación de tren. Proclamaba: “El Gobierno Municipal está Podrido hasta la Médula.”

Supe entonces que mi madre tenía problemas. Si el Gobierno Municipal estaba podrido hasta la médula, era muy probable que, de igual manera, lo estuvieran los diez distritos gubernamentales.

Corrí a casa y la encontré vacía salvo por nuestra vieja nana. Me dijo que mi madre había sido llevada en un camión para ser expuesta como la Encaminadora Capitalista Número Uno. Colocaron una pizarra de piedra alrededor de su cuello. El cordel la laceró de mal modo. Miembros de la Organización de la Rebelión Trabajadora tomaron prisionero a mi padre en su oficina.

Estaba devastada. Me pensaba una revolucionaria y que mis padres eran viejos revolucionarios. Me descubrí, de pronto, el cachorro de unos contrarrevolucionarios. Pero, aun entonces, no dudé de Mao o de la Revolución Cultural. Pensé que mis padres habían hecho algo incorrecto o que las organizaciones rebeldes habían cometido un terrible error.

Es por ello que me hice voluntaria para ir a Huangshan. Mis dos hermanas fueron a Heilongjiang. Lo único que queríamos era dejar Shangai.

Debo decir que mi vida era protegida antes de que me fuera de casa. Ignoraba cómo vivía la gente ordinaria en China. Llegué a la granja con nociones arrogantes y románticas. No pasó mucho tiempo antes de que mis ilusiones se desencantaran. El trabajo era demandante y la comida pésima. Comíamos carne una vez por mes.

La vida rural era monótona. Muy seguido, los muchachos y las muchachas se convertían al sexo. Teníamos alrededor de veinte años y mucha energía. ¿Qué más podíamos hacer? Queríamos amigos así como compañeros sexuales. La amistad podía ser abierta. Pero el sexo estaba prohibido. Unos pocos se rehusaron a cruzar esa línea. Yo entre ellos.

Sin embargo, me hice amiga de un muchacho de nombre Yijie. Era cercano a Lu antes de que ella se ahogara en esa terrible inundación. Los tres proveníamos de la misma escuela de Shangai.

El cuerpo de Lu fue rescatado cerca de una semana después de su muerte. Ayudé a lavarla y la vestí con sus mejores prendas: una chaqueta de algodón azul

y pantalones verdes. Yijie colocó un prendedor con la efigie de Mao en el pecho de Lu. En aquellos días le rendías honor a alguien al mostrar lo leal que él o ella le era a Mao. Luego enterramos a nuestra amiga en las faldas de la montaña.

Al día siguiente, Yijie fue condenado por cometer un crimen contrarrevolucionario. Se le dijo que había mostrado su odio hacia Mao al enterrar su retrato. Las autoridades ordenaron que se exhumara a Lu y que el prendedor fuera devuelto.

Yijie siempre fue la oveja negra de la granja. En Shangai había estado involucrado en la Alianza Zhongshan. Hubo numerosas investigaciones relacionadas con su involucramiento en la facción anti Zhang Chunqiao. Cada una terminaba con una evaluación “no conclusiva”. Básicamente, Yijie se encontraba a prueba continua. En esta ocasión, también fue dejado ir con una advertencia.

Gradualmente, Yijie y yo perdimos fe en Mao y en el Partido. Pienso que, para nosotros, el hecho nodal fue el incidente de Lin Biao. Luego de eso nos volvimos cada vez más cínicos en relación con la política.

En 1972, a algunos de los estudiantes mayores se les dio la oportunidad de dejar la granja. Dos años más tarde, la mayoría de mi clase había vuelto a Shangai. Yo también me encontraba en una lista de transferencia, y fui a las oficinas generales de la granja a decirles que quería ofrecerle mi sitio a Yijie. Los oficiales me contemplaron como una mujer joven y necia que se había enamorado de un bueno para nada. Pero, para nuestra sorpresa, tanto a Yijie como a mí nos dieron trabajo en Shangai.

Dejamos la montaña de Huangshan en el verano de 1974, y dos años después nos casamos. En 1977 nos inscribimos en la universidad. Yijie estudió historia en la Universidad de Fudan, y yo me gradué en literatura.

En 1981 Yijie asistió a la Universidad de Virginia como estudiante graduado de su Departamento de Historia. Nunca lo visité. Mi propio trabajo me mantenía ocupada. No quería que Yijie permaneciera en Estados Unidos, y le dejé muy en claro que yo no abandonaría China. Soy una escritora china, ¿qué tengo que hacer en Estados Unidos? Yijie acabó su maestría en 1983 y regresó a casa. Queríamos hacer una familia.

Algunas veces siento que no debí haber arrastrado a Yijie de regreso a China. Debí haber permitido que se quedara a terminar su doctorado. Cuando lo noto infeliz con su trabajo me hace sentir pena.

El año pasado, Yijie obtuvo apoyo financiero de un desarrollador de bienes raíces de Hong Kong para montar un instituto de investigación en planeación ambiental urbana. Desde 1990, su interés principal es la administración urbana. Las ciudades chinas se están desarrollando de manera veloz, pero nadie sabe cómo domesticar a estos “monstruos”. Yijie quiere ser un pionero en esta área de trabajo.

Ahora tenemos muchos problemas con la universidad de Yijie. Le dije a Yijie que debe comprometerse con la burocracia. Su proyecto es lo más importante. Ya casi cumple 50 años; no le queda mucho tiempo para llevar a cabo un proyecto de vida.

No somos miembros del Partido. Yijie aplicó, y fue rechazado, ocho veces, la más reciente en 1988. Su persistencia ha sido la fuente de muchas bromas por parte de nuestros amigos. Ahora Yijie reconoce que no tiene motivos para unirse al Partido. Ama su país y eso es suficiente. Se nos dijo que el socialismo salvaría a China. Ahora se espera que creamos que la economía de mercado resolverá todos nuestros problemas. El problema es que la propaganda ha dejado de ser persuasiva. Quizá lo único que nos mantendrá juntos es el nacionalismo.

Me acerqué al budismo hace seis años. Entonces tenía 41 años y deseaba fervientemente tener un bebé. Tuve un aborto en la universidad porque pensé que un hijo impediría la conclusión de mis estudios. Fue una decisión difícil, así como equivocada. Más adelante, perdí tres bebés. Estaba alterada y comencé a acudir al templo para ofrecer mis plegarias.

Marx tenía razón. La religión es para los vulnerables. El budismo me dio la fuerza para seguir adelante. Tuve a mi hija a los 42. Es el regalo de mi fe.

La mayoría de nuestro ingreso está dedicado a nuestra hija. Asiste a una escuela privada, cuya colegiatura es de 300 yuan mensuales, más otros gastos. Yijie y yo tenemos pocas necesidades. Quizá se deba a que crecimos pobres y nunca tuvimos mucho dinero para gastar. Yijie nunca entrará a un restaurante.

Llevo dos años trabajando en una larga novela. Una casa editorial me otorgó 10 mil yuan para escribirla. Las novelas largas no son lucrativas, pero todos estamos bien.

Mamá vive con nosotros. Papá murió hace algunos años. Tenemos nuestro dinero en un fondo común para así tener comida decente todos los días. Me pienso una persona afortunada. ❧